

# El concepto de sujeto: avatares y mutaciones

## *The concept of subject: avatars and mutations*

Por Juan de Olaso<sup>1</sup>

---

### RESUMEN

Se sitúan problemas, preguntas, vicisitudes y paradojas alrededor del concepto de sujeto, introducido por J. Lacan en el campo del psicoanálisis. Se destacan, así, la no autonomía, el no saber, la falta en ser, la sujeción al sistema signifiante. Lo cual conduce a la idea de división. Asimismo, se interroga el estatuto del sujeto una vez atravesada la experiencia analítica.

**Palabras clave:** Sujeto, Saber, Inconsciente, División.

### ABSTRACT

Problems, questions, vicissitudes and paradoxes are placed around the concept of subject, introduced by J. Lacan in the field of psychoanalysis. Thus, non-autonomy, not knowing, lack of being, subjection to the significant system stand out. Which leads to the idea of division. Likewise, the status of the subject is questioned once the analytic experience has been crossed.

**Keywords:** Subject, Knowledge, Unconscious, Division.

---

<sup>1</sup>Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Doctor y Licenciado en Psicología. Facultad de Psicología. UBA.  
Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología, Profesor Regular Adjunto Cátedra Psicoanálisis: Escuela Francesa 1. Facultad de Psicología. UBA.  
Universidad de Buenos Aires, Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT). Director del Proyecto “Estructura, lógica y producción del Discurso Analítico. El psicoanalista y el saber”.  
Autor de *Paradojas de la inhibición* (Buenos Aires, Manantial, 2015). Buenos Aires, Argentina.  
E-mail: jdeolaso@fibertel.com.ar

Acaso pocos conceptos de la teoría de Lacan lleguen a presentar tantas aristas, vicisitudes, encrucijadas y paradojas, como el concepto de *sujeto*. Tema tan intrincado como inagotable, se despliega en un terreno que no deja de ofrecer zonas resbaladizas.

Ciertamente, no hay momento en la enseñanza de Lacan, no hay articulación teórica alguna, en la que no esté en juego, aunque más no fuera sobrevolando, una concepción de sujeto. Algo medular en la praxis inaugurada por Freud. Y por más que éste último no haya elaborado una teoría del sujeto, Lacan lee en esa dirección los pasos freudianos: “Insisto en el hecho de que Freud avanzaba en una investigación que no está marcada con el mismo estilo que las otras investigaciones científicas. Su campo es la verdad del sujeto” (Lacan, 1953-54: 39).

Así, podemos evocar las tres célebres graves heridas al amor propio de la humanidad postuladas por Freud: la cosmológica, la biológica y la psicológica. En la medida en que las dos primeras representaron duros golpes, el hombre todavía se sentía soberano en su propia casa, el alma. Hasta que asoman los pensamientos inconscientes, esos “huéspedes extraños”, frente a los cuales el yo no puede hacer nada. Y entonces llega la famosa conclusión: “*el yo no es el amo en su propia casa*” (Freud, 1917: 135).

Allí también se recorta una noción de sujeto, deducida del descubrimiento del inconsciente: un sujeto descentrado, determinado, y como su nombre lo indica, básicamente *sujetado*.

Nos proponemos, aquí, situar algunos problemas y avatares de este concepto crucial.

### ¿Dónde se sitúa?

En efecto, la idea de sujeción, de no autonomía, resulta más que conveniente para darle forma a una crítica insistente de Lacan. Algo que se puede advertir en la presentación del Esquema *Lambda*: “S es la letra S, pero también es el sujeto, el sujeto analítico, es decir, no el sujeto en su totalidad. Todo el tiempo nos dan la lata con que se lo aborda en su totalidad. Es el sujeto, no en su totalidad sino en su abertura” (Lacan, 1954-55: 365). Un inestimable antecedente del sujeto barrado, que encontrará su escritura unos años más tarde.

Lejos de la premisa de un individuo cerrado en sí mismo, alimentada por determinadas corrientes analíticas, Lacan agrega: “El sujeto no sabe lo que dice, y por las mejores razones, porque no sabe lo que es” (*ibid.*: 367). Un rasgo que aparecerá una y otra vez en las consideraciones sobre el sujeto: el *no-saber*. Por ejemplo, cuando el autor observa que el sujeto “siempre dice más de lo que quiere decir, siempre dice más que lo que sabe que dice” (Lacan, 1953-54: 387).

El saber quedará más bien del lado del inconsciente, esa combinatoria de elementos discretos ante la cual el sujeto queda en un estado de ignorancia. El inconsciente, en efecto, lo divide, lo trabaja, lo “sobrepasa” (de Olaso, 2021). Como señala G. Le Gaufey, asistimos a la hipótesis freudiana de “un inconsciente poblado de pensamientos

sin pensador” (Le Gaufey, 2010: 66).

En cualquier caso, si hay una autonomía, si para algo Lacan reserva ese término maldito, en un gesto no exento de ironía, será para el orden simbólico. De ahí la “autonomía de lo simbólico”, esa maquinaria algebraica que el autor francés formaliza a partir de *La carta robada* de Poe, y que va de la mano de la “eficacia simbólica” postulada por Lévi-Strauss. Leemos entonces: “En sí mismo, el juego del símbolo representa y organiza, independientemente de las peculiaridades de su soporte humano, ese algo llamado sujeto” (Lacan, 1954-55: 289). Digno de subrayar esto último, “ese algo” que surge de los avatares del símbolo.

Y allí Lacan añade, al pasar, tres proposiciones exquisitas acerca del tema que nos ocupa: “El sujeto humano no fomenta este juego: ocupa en él su lugar y desempeña allí el papel de los más y los menos. El sujeto mismo es un elemento de esa cadena que, tan pronto como es desplegada, se organiza de acuerdo a leyes. De modo que el sujeto se halla siempre en varios planos, apresado en redes que se entrecruzan” (*ibid.*).

Hay algo recurrente en las definiciones lacanianas del sujeto, y es la cuestión del *lugar*: qué lugar ocupa, dónde se halla, cómo se lo localiza, dónde leer sus pistas, dónde aprehenderlo. Se suele destacar su carácter evanescente, lo cual remite a algo que se desvanece, que se esfuma, como el humo o el vapor. Y es una pregunta ya presente desde las primeras aproximaciones de Lacan: “La cuestión, para nosotros, es saber dónde se sitúa el sujeto de la relación analítica” (Lacan, 1954-1955: 205).

Este sujeto que no es total, que no es agente, que no es -ni mucho menos- autoconsciente, que no tiene substancia, que *falla en ser*, que no es más que “supuesto”, hipótesis, que no sabe lo que dice -y que, en ocasiones, ni siquiera sabe que habla-, recibe su *propio* mensaje en forma invertida desde el lugar del Otro, algo que objeta los presupuestos básicos de la teoría clásica de la comunicación. Y que tendrá, desde ya, su correlato imaginario en la forma alienada en la que el yo asume la imagen del semejante.

La alteridad esencial, constituyente, conduce a una vicisitud clínica central de este momento de la teoría: el análisis consiste en que el sujeto descubra “a qué Otro se dirige verdaderamente aún sin saberlo” (Lacan 1954-1955: 370). No se trata tan solo de quién habla, sino también a *quién le habla*. Y, de nuevo, sin saberlo.

### La división irremediable

Detengámonos ahora en una cita de “Subversión del sujeto...”, título ya de por sí sugestivo: “Una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje, ¿qué clase de sujeto podemos concebirle?” (Lacan 1960b: 779). Es decir que el concepto de sujeto se deduce de la estructura del lenguaje que es el inconsciente, es un efecto de ella, no al revés.

De modo tal que la propia teoría redobla un problema de la estructura: el sujeto definido a partir de un orden

que lo determina, que lo “preexiste”. De la misma manera, si en un inicio el inconsciente era conceptualizado como el discurso del Otro, eso también daba como resultado un sujeto particular, definido a partir de la función de la palabra. Se trataba, a fin de cuentas, de saber si el sujeto “tiene o no tiene la palabra” (Lacan, 1954-55: 370).

Pero ahora ya se ha introducido la teoría del significante, lo que produce una conmoción de todo el edificio conceptual, como esos puntos de quiebre, que dan lugar a giros y redefiniciones. Sismos teóricos que cada tanto sobrevienen en la obra de Lacan. Si la pregunta es acerca de qué clase de sujeto es concebible en función de un inconsciente estructurado como un lenguaje, la respuesta no tarda en llegar: “un significante es lo que representa al sujeto para otro significante” (Lacan, 1960b: 799). Una nueva definición (psicoanalítica, no filosófica) de sujeto, a la vez que una nueva definición (psicoanalítica, no lingüística) de significante.

El sujeto queda ubicado, pues, en un intervalo, en un *entre-dos*: aquí, entre un significante y otro, pero podrá ser también entre enunciado y enunciación, o entre verdad y saber. Incluso Lacan llega a plantear que el sujeto consiste en la misma división, lo cual puede asumir eventualmente formas descriptivas, más subjetivadas, como las de alguien que está conflictuado o tironeado.

Por ejemplo, cuando en el *Seminario 10* Lacan propone la noción de “embarazo” [*embarras*], se refiere a la vivencia de la barra, que supone un instante de incomodidad próximo a lo insoportable: “Cuando uno ya no sabe qué hacer con uno mismo, buscar detrás de qué esconderse. Se trata, ciertamente, de la experiencia de la barra” (Lacan 1962-63: 19). El paroxismo del sujeto barrado.

En cualquier caso, se trata de una división constitutiva y, en principio, independiente de las vivencias subjetivas. Y Lacan vuelve a tomar posición frente al espíritu ortopédico de ciertas promesas analíticas: si algo muestra la experiencia analítica es que el ser humano “está dividido, desgarrado, y que ningún análisis le restituye la totalidad” (Lacan, 1958-59: 244). Lo que no deja de evocar aquella “desgarradura en el yo que nunca se reparará” de la que hablaba Freud hacia el final de su obra (Freud, 1938: 275-76). Y que, según Lacan, habría sido desoída, olvidada o desmentida por sus seguidores.

En relación con las escuelas analíticas que de alguna forma aspiran a restituir la integridad del paciente, así como al yo débil se le ofrece un yo fuerte, al yo fragmentado uno unificado, o al falso *self* un verdadero *self*, el horizonte de un análisis lacaniano no podría alentar algo semejante. Si hay sujeto dividido al comienzo, lo habrá también al final. Más aún, para la conclusión de la cura Lacan llegará a proponer otro estatuto del sujeto, su *destitución*: “La destitución subjetiva inscripta en el billete de entrada...” (Lacan, 1967a: 270; Soler 1988: 10-11). Como estrategia de marketing, no parecería la más auspiciosa.

Se entiende entonces por qué el autor francés pondera tanto el término freudiano *Spaltung*, que, por un lado, designa la escisión del aparato psíquico en instancias, y por otro, la que tiene lugar en una misma instancia (por ejemplo, la del yo, de donde nace el superyó). En el

vocabulario de Lacan, viene a indicar la división original del sujeto: “la *Spaltung* o escisión que sufre por su subordinación al significante” (Lacan, 1960b: 796).

Un pequeño paréntesis: la subordinación es algo que remite a la idea de sujeto. También la sumisión, de la que habla Lacan en esas mismas páginas, “la sumisión del sujeto al significante” (*ibid.*: 786). Tres prefijos *sub*, “debajo de”. Cerramos el paréntesis.

### Sujeto de la enunciación

Entonces, si bien no es la división en sí lo que el análisis ha de resolver o disolver, lo que sí puede conmover, y a eso apunta la cura, es la *posición* del sujeto. Algo que se puede encontrar en distintos momentos de la enseñanza de Lacan, ya se trate de la época de la intersubjetividad, de la lógica del fantasma o de los cuatro discursos.

Un ejemplo. En el *Seminario 5*, alrededor de la dialéctica entre la demanda y el deseo, Lacan comenta el sueño de la bella carnicera, y se pregunta acerca de ella: “¿qué pide? Amor, y las histéricas, como todo el mundo, demandan amor, salvo que en ellas esto es más aparatoso. ¿Qué desea? Desea caviar. No hay más que leerlo”. Pero esa distinción resulta insuficiente, entonces agrega: “¿Y qué quiere? Quiere que no le den caviar” (Lacan, 1957-58: 372).

Es decir, *qué quiere* de todo eso, qué posición -inconsciente, por supuesto- asume con respecto a su deseo. Se abre ahí un margen, una posibilidad de movimiento o, para utilizar un término siempre controvertido en psicoanálisis, de elección. Como cuando en los *Escritos*, y en torno al final del análisis, Lacan lanza que “el sujeto está llamado a renacer para saber si quiere lo que desea” (Lacan 1960a: 662). ¿El renacimiento del sujeto? Aquí sí parece asomar algún horizonte prometedor.

Por otra parte, la pregunta “¿Qué quieres?” es la que constituye la columna vertebral del grafo, que le vuelve al sujeto desde el lugar del Otro, y que Lacan toma de *El diablo enamorado* de J. Cazotte: *Che Vuoi?* Este “bramido” deja al sujeto, esencial y originariamente, sin recursos ante el deseo del Otro. Y se traduce subjetivamente como un “¿Qué *me* quiere?”. Enigma que merodea la angustia.

Se puede advertir cómo en el discurso de Lacan empiezan a privilegiarse los posicionamientos, los modos de ubicarse. Algo que se aplica al sujeto (su posición con respecto a lo que dice), al psicoanalista (de modo recurrente, variado y operatorio), al deseo (el énfasis en la posición deseante). También al inconsciente, como reza el título del célebre escrito.

En la medida en que se pone en primer plano la dimensión de la *enunciación*, donde ha de buscarse “la presencia del inconsciente” (Lacan, 1964: 813), el acento empieza a recaer en lo siguiente: desde dónde habla el sujeto, desde dónde desea o, más precisamente, desde qué lugar se le plantea el problema del deseo. Y esta dimensión es la que más se le escapa, allí se encuentra su mayor “nesciencia”, su máxima ignorancia.

El concepto mismo de sujeto no podría ser indiferente a estas circunstancias teóricas que van redefiniendo al

inconsciente. Así lo enunciará Lacan en una conferencia en Lyon: “El sujeto que nos interesa, sujeto no en la medida en que hace el discurso, sino en que está hecho por el discurso, e incluso está atrapado en él, es el sujeto de la enunciación” (Lacan, 1967b: 53).

En otro lugar (Lacan, 1964-1965), Lacan se ocupará de las llamadas *posiciones subjetivas del ser*. Se trata de una articulación entre sujeto, sexo y saber, a la luz de otro término alemán que designa la división, *Entzweiung*. Noción tomada de Hegel, vendrá a ofrecer otros matices que la clásica *Spaltung*, como los de discordia, desunión, en la problemática relación del sujeto con el saber y con el sexo. Tema, asunto, *subject*, para otra oportunidad.

### Surgimiento y borramiento

Y ahora desembocamos en otro problema, acaso uno de los más decisivos de esta exploración: en la batería del significante, en el lugar del Otro, allí donde están *todos* los significantes, falta uno... nada menos que el del sujeto. Volvemos, así, a la cuestión del lugar, o del no lugar, del sujeto que, al no poder localizarse en la cadena significante, se pierde en una deriva metonímica hasta que algo pueda rescatarlo.

Leemos en el *Seminario 7*: “el sujeto es en su origen y como tal, la elisión de un significante, el significante que saltó de la cadena” (Lacan, 1959-1960: 270). Elisión, supresión, borramiento, que delimita un agujero en el corazón del sistema simbólico. Asistimos a una no identidad estructural.

Que *retorna*, fundamentalmente, bajo el modo de la pregunta: “¿Qué soy?”. Ahora bien, ¿se trata de una pregunta que tiene el sujeto o en la que consiste el sujeto? De ahí el sujeto por fin puesto en cuestión-pregunta, que asume diferentes rostros. Por ejemplo, cuando Lacan afirma que “la estructura de una neurosis es esencialmente una pregunta” y, más específicamente, que la pregunta de Dora es “¿Qué es ser una mujer?” (Lacan, 1955-56: 249-50). Desde luego, no es necesario que la muchacha la haya proferido, es más bien una operación de lectura de Lacan sobre su posición. Que permite localizar, construir, la pregunta *del* sujeto.

En tanto, en el esquema *Lambda* reformulado en los *Escritos*, “la  $\mathcal{L}$  de la puesta en cuestión del sujeto en su existencia”, éste ya no ocupa solamente el lugar de la S, sino que aparece “estirado” en los cuatro puntos del esquema: S, a, a', A (Lacan, 1956: 531). El efecto *stretching* hace del sujeto una articulación, una combinatoria entre estos elementos.

Cuando escuchamos un relato donde alguien habla de sus relaciones conflictivas, complicadas o tortuosas, ya sea con la pareja, con el padre o con el jefe, podríamos tender a leer que el sujeto está de un lado -del que habla- y los otros del otro. Lo que nos invita a pensar Lacan, no obstante, es que el sujeto se despliega en esa misma relación, en esos mismos lazos y lugares. Con lo cual, cualquier intervención que apunte a cortar ese vínculo o a “ponerle límites” al otro, corre el riesgo de soslayar, de

no interrogar una pieza -quizás clave- del propio tablero del sujeto. Finalmente, cada una de esas figuras encarna un eslabón de la sintaxis subjetiva. El sujeto ya no es meramente el que habla. Y menos en primera persona.

Al describir cada uno de los términos, Lacan nos regala una nueva definición del sujeto: “S, su inefable y estúpida existencia”. Y, como en el grafo, es desde el lugar del Otro, A, que puede plantearse la pregunta, en este caso “¿Qué soy ahí?” [*Que suis-je là?*], en relación con su sexo y su contingencia en el ser (*ibid.*). Sexualidad y muerte, diría Freud.

Volviendo al problema de la falta del significante de la identidad del sujeto, nos encontramos ante una paradoja recurrente en Lacan: el significante hace surgir al sujeto, pero al precio de borrarlo. Algo que pone de relieve la siguiente cita del *Seminario 6*: “no hay otro signo del sujeto que el signo de su abolición de sujeto, ese signo que se escribe \$” (Lacan, 1959-60:119).

Entonces proliferan, en las definiciones sobre el asunto, toda suerte de designaciones “negativas”: *afánisis*, eclipse, *fading*, hendidura, *Verwerfung*, privación, corte, discontinuidad. Por si esto fuera poco, Lacan escribe que “el significante como tal, al tachar al sujeto de buenas a primeras, ha hecho entrar en él el sentido de la muerte” (Lacan, 1964: 827). Frase que produce un cierto eco hegeliano.

En ese sentido, no deja de resultar llamativo que el sujeto que el psicoanálisis viene a poner en un primer plano en su experiencia, en su discurso, ese sujeto que supuestamente otros campos del saber dejan de lado, se presenta radicalmente sustraído. De donde la noción, notable, del sujeto como *falta*.

### El objeto a y sus funciones

Y, ¿qué es, pues, lo que viene a rescatarlo de su desvanecimiento, de su falta en ser? Allí donde al sujeto “ya no le es posible saber ni quién es ni dónde está” (Lacan, 1959-60: 419), adviene el objeto *a*. En tanto el sujeto no encuentra en el Otro *un* significante que lo represente cabalmente, que lo garantice, que lo autentifique, este “suplente del significante faltante” permite darle un anclaje, deteniendo la cadena metonímica, como una especie de un flotador que de repente aparece en medio de la deriva. El sujeto se aferra a ese flotador, y hasta casi se convierte en ese objeto. Que viene a brindarle una consistencia, un “ser”.

Se trata de una identificación, pero de naturaleza diferente a la identificación significativa, como la del Ideal, donde el sujeto se afirma en un rasgo emblemático de la omnipotencia del Otro, I(A), que curiosamente viene a colmar la falta que el mismo aparato significativo ha generado. Pero aquí estamos ante otro salvataje, que Lacan escribe como primera respuesta a la interrogación inquietante del grafo.

Por lo tanto, algo no significativo viene a darle un soporte, incluso una fijación, al sujeto extraviado, de modo que es desde la posición de objeto que se responde

a la falta en el Otro. Evocando aquel gran texto freudiano sobre la fantasía (Freud, 1919), preferible *ser pegado* a no ser.

Un par de citas del inagotable *Seminario 6*: “el objeto *a* se define ante todo como el soporte que el sujeto se da en la medida en que desfallece su certeza de sujeto” (Lacan, 1958-59: 406). Y para seguir con las metáforas acuáticas: “El fantasma es el punto de amarre concreto donde atracamos a orillas del inconsciente” (*ibid.*: 440). Allí el sujeto logra hacer pie.

Cada vez más, iremos encontrando en Lacan variantes del *sujeto en tanto objeto*. Nombremos algunas: en relación con el deseo (el deseante como objeto), con la pulsión (todos los “hacerse” de la gramática pulsional), con el amor (¿acaso es mejor ser sujeto?), con ciertos *pathos* del acto (en el pasaje al acto, el sujeto reducido al *a* que cae de la escena).

Incluso, la tesis de que la forma originaria, constitutiva, del sujeto, es la de objeto, no la de sujeto barrado (Rabinovich 1988). De modo tal que se entra a la estructura en posición de objeto, ese objeto que *cae* como un resto, “lo irreductible del sujeto”, leemos en el Seminario “La angustia” (Lacan, 1962-63: 175).

En este caso, ya no estamos hablando del objeto en su función de tapón de la hiancia significativa, como marcábamos más arriba, sino en tanto funciona como *causa* de la división del sujeto. De manera tal que el sujeto lacaniano resulta dividido doblemente: por un lado, por el significante, y por otro, por el objeto. Dos registros que no dejen de entrelazarse.

En ese mismo seminario, propiamente un seminario sobre el objeto *a*, Lacan plantea además que este objeto inaugura el campo de la *realización del sujeto*: éste “sólo se realiza en objetos que son de la misma serie que el *a*, ocupan el mismo lugar en esta matriz. Son siempre objetos cesibles y son lo que desde hace mucho tiempo se llaman *las obras*” (*ibid.*: 342). Objetos que se desprenden del cuerpo, productos que se cortan. Auténticos actos de castración.

Qué lejos ha quedado la “realización del sujeto” de los primeros tiempos, los de la palabra plena y el deseo de reconocimiento...

### La producción del sujeto

No podemos soslayar, en este sucinto recorrido, algo que suele destacar Lacan y es el valor del *cogito* cartesiano. En el *Seminario 11* sostiene que “el campo freudiano sólo era posible cierto tiempo después de la emergencia del sujeto cartesiano, por el hecho de que la ciencia moderna empieza después del paso inaugural dado por Descartes” (Lacan, 1963-64: 55). Es el momento histórico en que la duda, la duda metódica, conduce a una *certeza* fundamental.

De donde surge un nuevo *subjectum*, que sienta sus bases no en Dios ni en la fe sino en el pensar mismo. Ante el “¿Qué soy?”, el mismo que leíamos bajo la pluma de Lacan, Descartes respondía, meditando en primera

persona: “soy una cosa que piensa” (Descartes, 1641: 226). Resultado de un rechazo del saber.

Y más allá de las diferentes lecturas, algunas de ellas críticas, que Lacan lleva a cabo de la obra de Descartes, no deja de subrayar que “el sujeto cartesiano es el presupuesto del inconsciente” (Lacan, 1964: 818). Algo que decanta en el siguiente pasaje, tras una auténtica cascada de negatividades: con el término *sujeto*, dice Lacan, “no designamos el sustrato viviente necesario para el fenómeno subjetivo, ni ninguna especie de sustancia, ni ningún ser del conocimiento en su *patía*, segunda o primitiva, ni siquiera el *logos* encarnado en alguna parte, sino el sujeto cartesiano” (Lacan, 1963-64: 132). Que, naturalmente, con la introducción del inconsciente adquiere otra dimensión y otro alcance.

En tanto, Lacan remarca que “el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia” (Lacan, 1965: 837). Un sujeto despojado de cualidades, de atributos, de contenidos, de psicología, de subjetividad. En *La obra clara*, J-C. Milner escribe, en otra cascada tendiente a deslindar al sujeto del inconsciente de cualquier propiedad del alma: “no es ni mortal ni inmortal, ni puro ni impuro, ni justo ni injusto, ni pecador ni santo, ni condenado ni salvado” (Milner, 1996: 41-42). Una operación extraordinaria de vaciamiento.

Como observa J-L. Nancy (Nancy, 2014), la historia de la palabra “sujeto” está atravesada por muchas proveniencias, tradiciones y significaciones. Se entrecruzan, en esta genealogía, varios discursos: el filosófico, el jurídico, el político, el médico, el lógico, el lingüístico. En la tradición filosófica, en particular, se plantean a cada momento distintas posiciones, tensiones y lecturas acerca del estatuto del sujeto. Con algunas de las cuales discute Lacan a lo largo de su enseñanza, invocando a Aristóteles, a Kant o a Heidegger.

De ahí, también, su gran mérito, el de haber elaborado un *concepto psicoanalítico de sujeto*. Que, como se podrá apreciar, va presentando vicisitudes, modulaciones, en función de los puntos de corte, de discontinuidad, que sufre la teoría. Así como en algún lugar Lacan habla de las “mutaciones del sujeto” (Lacan, 1966-67: 15/2/67), de la misma manera el propio concepto de sujeto va mutando en su teoría.

También los *usos* del término por parte de Lacan son variados. Si bien en reiteradas ocasiones designa el efecto del significante independiente de las encarnaduras (lo que nos gusta llamar el “efecto sujeto”, a secas), en muchas otras sí remite al “sujeto que habla”, o al analizante, o al ser humano en general. O sea que hay empleos conceptuales, otros descriptivos, otros coloquiales, y tampoco esas delimitaciones son tan puras ni exentas de matices.

Una última referencia. Hacia los años setenta, a la hora de formalizar el *discurso analítico* (Lacan 1969-1970), Lacan escribe al sujeto en el lugar del otro, puesto a trabajar por el agente o semblante que encarna el analista como causa:

$$\frac{a}{S_2} \longrightarrow \frac{\$}{S_1}$$

Lo que interesa subrayar aquí es que es a partir del trabajo del sujeto que se *producen* los significantes amo, que se van desprendiendo a lo largo del análisis. Son los significantes bajo los cuales el sujeto se representaba: identificaciones fundamentales, insignias protectoras, “dichos primeros”, marcas, brújulas. Es decir, todo aquello que lo comandaba, ordenaba, orientaba. Y que a la vez lo inmovilizaba. Es que la operación analítica no deja de tener algo de la gimnasia cartesiana, al ir despegando al sujeto de las representaciones.

El sujeto aparece ahora, ciertamente, en otro lugar. Dividido como al comienzo, acaso destituido en virtud de la caída de identificaciones y de puntos de apoyo que el análisis ha ido erosionando. En otra posición, claro está, con respecto a sus determinaciones y sujeciones. También con respecto a su destino. Que ya puede empezar a ser otro.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1991). *Lacan avec les philosophes*. París: Albin Michel.
- de Libera, A. (2013-14). *La invención del sujeto moderno*. Buenos Aires: Manantial, 2020.
- de Olaso, J. (2015). “La inhibición en el Seminario ‘La angustia’”. En *Paradojas de la inhibición*. Buenos Aires: Manantial.
- de Olaso, J. (2021). “Inconsciente, saber y goce”. *Memorias del XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Descartes, R. (1641). “Meditaciones metafísicas”. En *Descartes. Obras Escogidas*. Buenos Aires: Charcas, 1980.
- Freud, S. (1917). “Una dificultad del psicoanálisis”. En *Obras Completas*, vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1919). “Pegan a un niño”. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales”. En *Obras Completas*, op. cit., vol. XVII.
- Freud, S. (1940 [1938]). “La escisión del yo en el proceso defensivo”. En *Obras Completas*, op. cit., vol. XXIII.
- Lacan, J. (1953-54). *El Seminario, Libro 1*: “Los escritos técnicos de Freud”. Barcelona: Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1954-55). *El Seminario, Libro 2*: “El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica”. Barcelona: Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1955-56). *El Seminario, Libro 3*: “Las psicosis”. Barcelona: Paidós, 1986.
- Lacan, J. (1956). “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos*, Tomo II. México: Siglo XXI, 1988.
- Lacan, J. (1957-58). *El Seminario, Libro 5*: “Las formaciones del inconsciente”. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- Lacan, J. (1958-59). *El Seminario, Libro 6*: “El deseo y su interpretación”. Buenos Aires: Paidós, 2014.
- Lacan, J. (1960a). “Observación sobre el Informe de Daniel Lagache”. En *Escritos*, Tomo II, op. cit.
- Lacan, J. (1960b). “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. En *Escritos*, Tomo II, op. cit.
- Lacan, J. (1962-63). *El Seminario, Libro 10*: “La angustia”. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1963-64). *El Seminario, libro 11*: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. Barcelona: Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1964). “Posición del inconsciente”. En *Escritos*, Tomo II, op. cit.
- Lacan, J. (1964-65). *El Seminario, Libro 12*: “Problemas cruciales para el psicoanálisis”. Inédito.
- Lacan, J. (1965). “La ciencia y la verdad”. En *Escritos*, Tomo II, op. cit.
- Lacan, J. (1966). “*Del sujeto al fin cuestionado*”. En *Escritos*, Tomo I, op. cit.
- Lacan, J. (1966-67). *El Seminario, libro 14*: “La lógica del fantasma”. Inédito.
- Lacan, J. (1967a). “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1967b). “Lugar, origen y fin de mi enseñanza”. En *Mi enseñanza*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1969-70). *El Seminario, Libro 17*: “El reverso del psicoanálisis”. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Le Gaufey, G. (2010). *El sujeto según Lacan*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Milner, J-C. (1996). *La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*. Buenos Aires: Manantial.
- Nancy, J-L. (2014). *¿Un sujeto?* Buenos Aires: Ediciones La Cebra.
- Ogilvie, B. (2000). *Lacan. La formación del concepto de sujeto (1932-1949)*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rabinovich, D. (1994). “El deseo del psicoanalista: una propuesta ética”. En *Los rostros de la transferencia*. Buenos Aires: Manantial.
- Soler, C. (1988). *Finales de análisis*. Buenos Aires: Manantial.